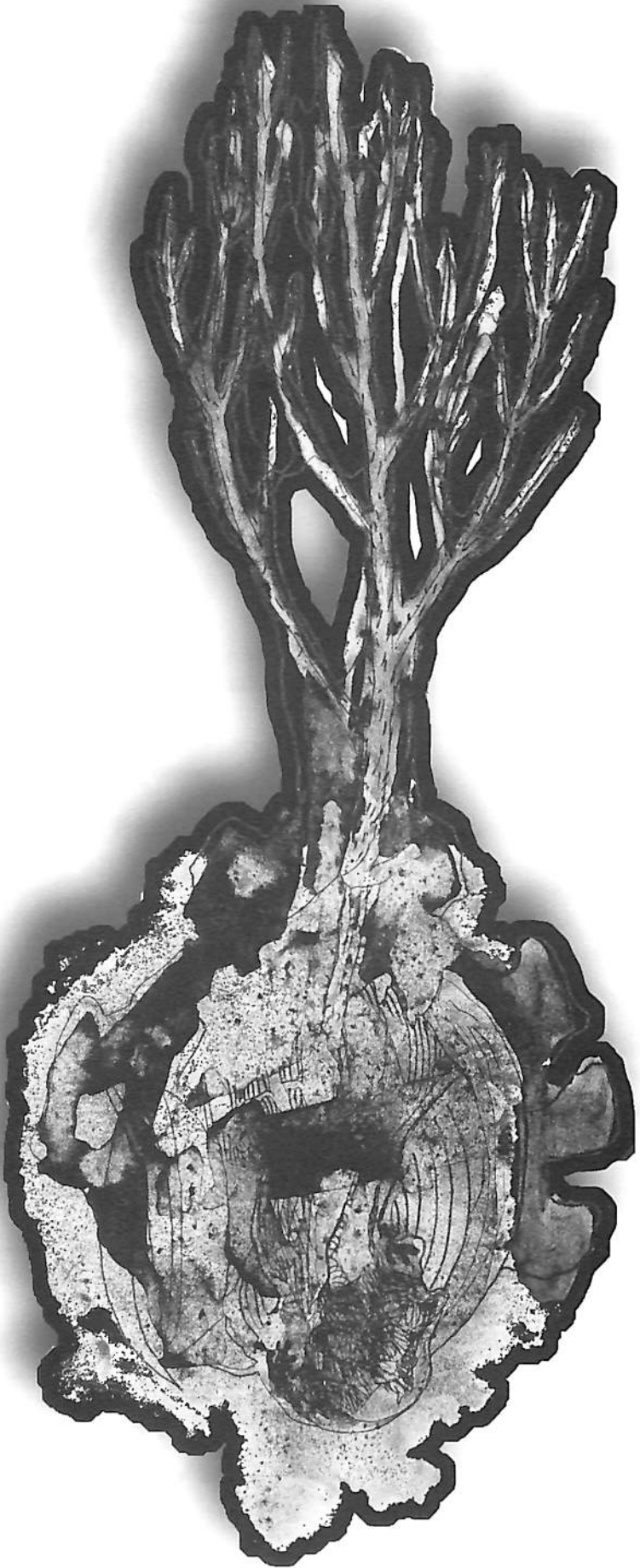


Aguijón



Mujer y plástica en el cambio de siglo*

P

reguntarse si el cambio del milenio anuda modificaciones esenciales, en el ámbito de las artes plásticas conduce necesariamente a repasar las últimas dos décadas del siglo XX, aun cuando el que corre sume ya cinco años cumplidos. El recuento incluye rupturas y continuidades, y resulta primordial destacar las condiciones por las que han pasado las pintoras, escultoras, grabadoras y fotógrafas, con la esperanza de encontrar datos optimistas y mejores oportunidades para su trabajo.

En otras palabras, el repaso está inspirado en el deseo de hallar sorpresas y reconocimientos a las artistas, aunque ni unas ni otros sean numerosos. Sin embargo, para el ámbito de la mujer, estos últimos no son los más, ni los más adecuados. Pero es indispensable considerar los avatares que afectan a los(las) creadoras(es) en general.

Sólo como un antecedente significativo, vale la pena referirse a lo que sucedió en el tránsito del siglo XVIII al XIX en la entonces casi recién fundada Real Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos de la Nueva España. Se trata del caso de la marquesa María Guadalupe de Moncada y Berrio, pintora que consiguió un singular nombramiento después de enviar su obra y el texto siguiente al presidente de la Academia:

Excmo. Señor:

La copia que tengo el honor de presentar a V.E. pintada al óleo de mi mano es una muestra [...] del afecto que profeso a las bellas artes y de mi aplicación

* Texto leído el 8 de marzo de 2006 dentro del marco de actividades conmemorativas del *Día Internacional de la Mujer*.

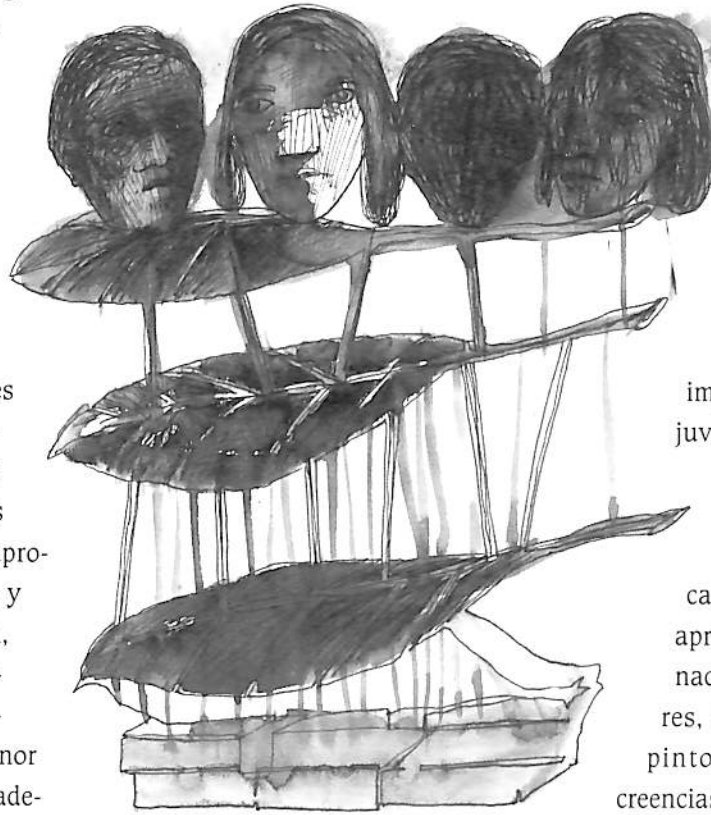
al útil y delicioso estudio de la pintura [...] si la encontrare algún mérito, espero se sirva alentarme con la gloriosa satisfacción de mandarla colocar en la Real Academia.

La respuesta de los miembros de esa institución al generoso gesto de la marquesa fue extraordinaria, pues debió sorprenderles encontrar la obra “hecha con todos los primores y reglas del arte que aprobaron estar perfecta”, y por lo mismo decidieron, de común acuerdo, otorgarle a la artista el grado de Académica de Honor y Mérito, y nombrarla además “Directora Honoraria en el ramo de pintura”.

Por supuesto que no faltaron los académicos que creyeron a pie juntillas que tal dignidad no era un reconocimiento a la excelencia del quehacer de la pintora, sino que se debía a que su esposo, el marqués de San Román, además de ser integrante de dicha Academia, había sido su presidente.

Antes de caer en la tentación de continuar hablando de la discriminación de género, hay que dar un salto a las dos últimas décadas del siglo pasado para revisar datos y pistas significativos de la presencia de nuestras artistas.

A partir de los ochenta, se puede decir, parafraseando a Luis Carlos Emerich, que hacía mucho que “no pasaba por aquí tanta algarabía”. Paralelamente a la práctica de los estilos tradicionales: la Escuela Mexicana, el geometrismo, la abstracción, el muralismo, el expresionismo, el hiperrealismo y otros más bien fluctuantes, entre denuncias y divulgacio-



nes, se debe al quiebre y al abandono de estéticas pretéritas la multiplicación de rutas y un amplio abanico de posibilidades artísticas.

La pluralidad de territorios y el impulso del entusiasmo juvenil resultaron en el seguimiento de la figuración. De la antigua Escuela Mexicana, los creadores se apropiaron del concepto nacionalista, y las mujeres, primordialmente las pintoras, recurrieron a creencias, tradiciones, ritos y mitos antiguos para hacerlos convi-

vir con una cotidianeidad de fulgurante cromatismo de plantas y frutos regionales. Pese a que fueron varias las artistas que se inscribieron en los diversos grupos que constituyeron las vanguardias de esos años, encontramos que en la exposición *México. Esplendores de Treinta Siglos* montada en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York en 1990, la cual marcó un hito, las únicas pintoras consideradas por Octavio Paz, quien diseñó la exposición, fueron María Izquierdo y Frida Kahlo. Debido a que fueron muchos los y las artistas dejados de lado por el poeta, la galería OMR presentó una exposición alternativa titulada *Paralell Project* en una galería cercana al famoso museo. En la muestra preparada por OMR, los nacionalismos y una profunda revisión de las grandes figuras místicas y literarias fueron los asuntos abordados por las cinco mujeres incluidas. Cuatro pintoras: Rocío Maldonado, Dulce María Núñez, Silvia Ordóñez y Joy Laville, y la

fotógrafa Eugenia de Olazábal, quienes representaron de cierto modo a las corrientes más novedosas de la muestra. Pronto, a ese grupo se unieron Martha Palau, Teresa Serrano, Elena Climent y otras más.

En los noventas, los gobiernos de los estados asumieron la responsabilidad de acoger la producción femenina en los principales espacios a su cargo; por ejemplo, en el Centro Cultural Mexiquense se exhibió, en 1992, *El cerca y el junto en la obra de María Teresa Garza*.

Espigando en la prensa, encontramos que 1997 fue un año de presencias femeninas tanto en el Distrito Federal como en otras partes del país. A continuación se presentan ejemplos que avalan la afirmación.

A petición de un grupo de pintoras y escultoras, y auspiciada por la Fundación UNAM y el Museo Universitario Contemporáneo de Arte, se exhibió la muestra *Los colores del pensamiento, de frontera a frontera*, a la que un comité de honor decidió invitar a cien artistas de todo el país. En el Instituto Cultural de Aguascalientes, Griselda Tamez inscribió su obra bajo el título *Del oficio de soñar*. En 1998, el Taller de Instalación de Helen Escobedo desplegó su creatividad en el Centro Nacional de las Artes con cuatro instalaciones y la participación de dieciseis artistas.

A propósito de instalaciones, Carmen Cuenca, desde *In-site*, apoyó el loable encuentro internacional que duró varios años, en el cual treinta y ocho instituciones sin fines de lucro, en San Diego, California, y en Tijuana, México, realizaron un esfuerzo conjunto de planeación y de ayuda a los participantes —con poca presencia femenina— inmersos en las construcciones efímeras realizadas en calles, parques, etcétera. Allí tuvieron cabida todas las disciplinas del arte.

En muestras colectivas interesantes y en algunas individuales destacó el talento femenino, pese a que buena parte de la crítica, e incluso el sentir en otros sectores estaba de

acuerdo con lo dicho por Carlos Monsiváis:

Las que empiezan a destacar, es decir ya en la época post revolucionaria, se les recibe en el mejor de los casos, con críticas bien intencionadas donde se despliegan sus cualidades femeninas[...] por ejemplo, el instinto, el gusto impecable, la serenidad, la levedad, la grata superficialidad, o bien, otra vertiente de interés es aquella en donde se ensalza su fina y delicada mexicanidad.

Aunque resulte un lugar común, es pertinente aclarar que en el arte, el talento es un común denominador en ambos sexos; por lo mismo, es significativo que pese a tantos obstáculos, no se coartó la vocación de las artistas plásticas.

El año 2000 pareció augurar tiempos mejores para las artistas. En la sala Justino Fernández del Museo del Palacio de Bellas Artes, de manera poco usual se presentó la exposición individual *Juegos de luz y niebla* de Herlinda Sánchez Laurel. En la Galería de Arte Mexicano, Carla Ripey recibió un homenaje titulado *Jardín de ecos y ecos del jardín*. También en ese año, en la III Bienal de Pintura del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán, recibieron mención honorífica Dalia Monroy y Dana Aerenlund.

Ya en este milenio, las condiciones económicas y culturales del país han frenado el desarrollo intelectual y la realización de obras de arte y escultóricas de gran envergadura (aquí me refiero al mobiliario urbano). Tales impedimentos han evitado la participación femenina en esos ornatos primordialmente ciudadanos, y sólo se puede mencionar lo realizado hace ya muchos años por Ángela Gurría, Helen Escobedo, Tosia y algunas otras más.

En esas circunstancias, hay que señalar que la Universidad Nacional Autónoma de México ha sido refugio y peldaño para pintoras, escultoras, grabadoras, fotógrafas, ceramistas, etcétera; y entre las buenas nuevas está que a partir del 2002 una mujer dirige la Escuela

Nacional de Artes Plásticas. En su ejercicio, además de un aumento en la nómina de las estudiantes, también ha crecido el número de las mujeres en las exposiciones en que participan estudiantes de posgrado. También ha sido exitosa la gestión de la directora de la Escuela con las exhibiciones de ex alumnos que han logrado reconocimiento internacional. Baste mencionar a Juan Soriano, recientemente fallecido. Al ímpetu y conocimiento de esta gestión se deben las obras de reacondicionamiento y renovación de las antiguas galerías de San Carlos, así como la creación de salones conmemorativos con los nombres de artistas ya desaparecidos, en los cuales se albergan bibliotecas y archivos de tan grandes maestras y maestros. La dirección de la Escuela no ha sido fácil debido a la misoginia de algunos colegas que laboran en la institución y que han pretendido apoderarse de la dirección. Aquí cito de nuevo a Carlos Monsiváis: "A las mujeres que desean ser artistas les aguarda la ira machista".

Insisto en que los museos de bellas artes de las capitales de provincia siguen siendo los principales espacios en los que la creatividad de las mexicanas ha encontrado espléndidos marcos. Mencionaré, a guisa de ejemplo, que en 2003, en Saltillo, Lucille Wong presentó grabados, óleos y esculturas conformadoras de hilos conductores entre la música y su poema visual. En 2005, la pintora Toni Guerra modifica su técnica, y en el Museo de Bellas Artes de Zapopan, Jalisco, exhibe una importante serie de cerámica y grabado. En el Museo de Bellas Artes de Querétaro se pueden observar hoy relieves en bronce de inspiración clasicista de Gogy Farías. Quiero mencionar de nuevo a Lucille Wong porque en este año, en Toluca, —que cuenta con tantos y tan importantes

museos— en el Museo de Bellas Artes nos sorprendió la exposición de paisajes sobre el Nevado de Toluca, en una obra de gran vigor en la que tintas japonesas y la fuerza del colorido hablan ya de una madurez en su producción.

Es imposible citar en este espacio a una ya nutridísima nómina, pero vale aclarar que se trata de creadoras que surgen y están surgiendo con una libertad expresiva y una producción inusitada en la plástica nacional.

La brevedad de esta revisión deja fuera, por razón natural, a autores y otros senderos. Se trata de una creación variadísima que en el empalme de sucesiones y en equidistancia con los grandes talentos, oscila entre figuraciones y desfiguros, contrastados cromatismos, diversos formatos y una cuidadosa factura. Revelaciones que no descartan utopías. Tonos violentos, descensos a los infiernos del ser. Caminos que pese al negro telón de fondo emanado de la crisis —crisis más del artista

que del arte— demuestran una personalidad de genera-



ciones y el testimonio de la actualidad. LC